



## Jueves Santo 2011

Jesús quiso pasar sus últimas horas a solas con los discípulos. Es el momento de la mayor intimidad en el amor del buen pastor que va a dar la vida por sus ovejas, a las que amó hasta el extremo.

La hora de la despedida se sitúa en el clima espiritual de la fiesta de la Pascua de los judíos y de la nueva Pascua del mismo Jesús. Se acerca el momento de volver al Padre, de quien salió para venir al mundo. Jesús sabe que es inminente su pasión y muerte. Para Jesús no es la hora que se echa ciegamente sobre él, sino la hora que Dios ha establecido para él (cf. 12,27-28).

Israel festeja con gratitud los beneficios de Dios, que le ha liberado de la esclavitud y le ha convertido en su pueblo. Jesús lleva a cumplimiento tal liberación, sustrayéndonos de la esclavitud del pecado y de la muerte y dándonos la plena comunión con Dios. Jesús muestra el significado de la entrega de su vida y el valor ejemplar de la misma con el gesto simbólico del lavatorio de los pies.

El marco en el que se lleva a cabo este gesto es señalado a propósito: tiene lugar durante el banquete, en cual que queda simbolizada y encuentra su cumplimiento la comunión de vida. Sobre esta cena pesa la sombra de la traición, que rompe la amistad y la transforma en lo contrario. Lo que hace Jesús viene de su unión con Dios; el traidor, sin embargo, se deja determinar por el demonio. Jesús es conocedor de su mandato y de su misión, como también de la propia dignidad. En estas circunstancias lava los pies a sus discípulos, prestándoles este humilde servicio de esclavo.

Durante su vida pública, por medio sobre todo de sus acciones de poder y de las declaraciones que comienzan con las palabras Yo soy, él ha dado a conocer quién es él, qué es lo que ha venido a traer y cómo estamos nosotros en necesidad de recurrir a él. El lavatorio de los pies, que es comprendido en su verdadero significado (cf. 13,7), posee un carácter simbólico similar. Con él quiere poner de manifiesto el significado que tiene su entrega de la vida, tal como explica él mismo en coloquio con Pedro (13,6-11).

Jesús debe comenzar por vencer la resistencia de Pedro y por frenar, después, su celo excesivo. Pedro le reconoce como el Señor y no quiere aceptar su servicio de esclavo. Jesús le hace comprender que lo debe aceptar: quien no lo acepta, no tiene comunión con él, no tiene parte en su destino, en su plenitud de vida con el Padre. Sólo dirigiendo con fe los ojos hacia el Señor levantado sobre la cruz obtenemos la vida eterna (3,14-15); sólo el Señor elevado sobre la cruz es que el que nos comunica la plenitud del Espíritu (7,38-39). Entregando la vida, Jesús lleva a cumplimiento su amor y su obra; sólo si nos dejamos servir por él, obtenemos la vida eterna.



El lavatorio de los pies simboliza el servicio insustituible que Jesús nos ofrece y muestra a la vez cómo debemos comportarnos nosotros los unos con los otros. Jesús nos obliga a seguir su ejemplo. Servicio y ejemplo de Jesús quedan unidos en igual medida a cuanto él dice: "Pues el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la propia vida en rescate por muchos" (Mc 10,45). Aquí explica Jesús el significado y la eficacia de su muerte, que encarga a sus discípulos hacer presente en el memorial de la Eucaristía.

Las palabras pronunciadas sobre el pan son, según Marcos y Mateo: «Esto es mi cuerpo». Pablo y Lucas añaden: «Que será entregado por vosotros». Entregado por vosotros explicita lo que está incluido en el acto de partir el pan y repartirlo.

Cuando Jesús habla de su cuerpo, no se refiere obviamente al cuerpo como distinto del alma y del espíritu, sino a la persona en su totalidad. Los discípulos podían con derecho interpretar las palabras de Jesús como: "Esto soy yo, el Mesías".

Al pronunciar las palabras de la Eucaristía, Jesús realiza lo que había dicho en el discurso del Buen Pastor: "Nadie me quita la vida, sino que yo la entrego libremente" (cf. Jn 10,18). Se le quitará la vida en la cruz, pero ya ahora la ofrece él mismo. Transforma su muerte violenta en un acto libre de entrega por los otros.

Y lo hace de forma plenamente consciente: "Tengo poder para entregar mi vida y tengo poder para recuperarla" (cf. *ibid.*). Por ello puede instituir ahora el Sacramento, en el que se hace grano que muere y en el que, a través de los tiempos, se da a sí mismo a los hombres en la verdadera multiplicación de los panes.

Las palabras de Jesús sobre el cáliz tienen referencias al texto del Éxodo 24,8 que recoge la estipulación de la Alianza, a la profecía de Jeremías 31,31 sobre la Nueva Alianza y al texto de Isaías 53,12 sobre la profecía del Siervo de Dios, que carga con el pecado de muchos y obtiene así la salvación para ellos.

La Alianza del Sinaí se fundaba en dos elementos. Por un lado, en la "**sangre de la alianza**", la sangre de animales sacrificados, con la cual se rociaba el altar -como símbolo de Dios- y el pueblo; y, en segundo lugar, en la **palabra de Dios** y la promesa de obediencia de Israel: "**Ésta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros, sobre todos estos mandatos**", había dicho solemnemente Moisés después del rito de la aspersion. Inmediatamente antes el pueblo había respondido a la lectura del libro de la alianza: «Haremos todo lo que manda el Señor y le obedeceremos» (Ex 24,7).

Esta promesa de obediencia, que era constitutiva de la alianza, se rompía inmediatamente después con la adoración del becerro de oro mientras Moisés estaba en la montaña. Toda la historia que sigue es una historia de reiteradas violaciones de la promesa de obediencia, como muestran tanto los libros históricos del Antiguo



Carlos López Hernández

Testamento como los libros de los profetas. La ruptura parece irremediable en el momento en que Dios abandona a su pueblo al exilio y el templo a la destrucción.

En aquellos momentos surge la esperanza de la “nueva alianza”, no basada ya en la fidelidad siempre frágil de la voluntad humana, sino grabada por Dios en el corazón mismo (cf. Jer 31,33). En otras palabras, el nuevo pacto debe basarse en una obediencia que sea irrevocable e inviolable. Esta obediencia es la del Hijo, que se ha hecho siervo y asume en su obediencia hasta la muerte toda desobediencia humana, la sufre hasta el fondo y la vence. La figura del Siervo de Dios que carga con el pecado de muchos (cf. Is 53,12), va unida a la promesa de la nueva alianza fundada en el amor de Jesús hasta el extremo de dar la vida por nosotros. Desde entonces, a toda la historia sucia del mal se contraponen el amor fiel y obediente del Hijo, que nos abre el camino a la libertad verdadera.

La sangre de los animales no podía ni “expiar” el pecado ni unir a los hombres con Dios. Sólo podía ser un signo de la esperanza y de la perspectiva de una obediencia más grande y verdaderamente salvadora. En las palabras de Jesús sobre el cáliz, aquella esperanza se ha convertido en realidad: Él sella la nueva alianza con su sangre. El don total de sí mismo, en que Él sufre todos los males de la humanidad hasta el fondo, **elimina toda traición asumiéndola en su fidelidad incondicional**. Éste es el culto nuevo, que Él instituyó en la última Cena: atraer a la humanidad a su obediencia filial al Padre.